

PRÓLOGO

(EDMOND CROS O EL HISPANISMO SOCIOCRÍTICO)

Los estudios sociocríticos están estrechamente vinculados al hispanismo, habiendo resultado esclarecedores no sólo en un plano teórico, sino también en el estudio aplicado tanto de la literatura y cultura artística españolas como de la latinoamericana. Esta vinculación es particularmente importante al menos en la fecunda vía teórica que representa la reflexión sociocrítica de Edmond Cros, quien ha hecho además uso preferente del español, junto al francés naturalmente, para su constitución y difusión. Aquí radica mi particular interés metateórico por estos estudios, además de por el hecho de plantearse complejamente el conocimiento del fenómeno literario como discurso, tratando de superar tanto los planteamientos meramente empiristas o ingenuos de la sociología de la literatura como de los propiamente contenidistas y formalistas.

Pero antes de nombrar algunos de los trabajos sociocríticos crosianos de relevancia para el hispanismo, con la consiguiente indagación en alguna de las raíces de los mismos, creo necesario ofrecer unas consideraciones sobre este fenómeno cultural y de conocimiento que, con unos lejanos orígenes históricos en los siglos XVI y XVII, un tiempo de gran interés ya por la lengua española y su literatura, tal como ponen de manifiesto las numerosas gramáticas, diccionarios y traducciones que de las mismas se elaboran en toda Europa, sobresaliendo por su interés los trabajos del francés César Oudin, alcanza una primera consolidación con el desarrollo del romanticismo, pasando a denominarse de esa manera en los comienzos del pasado siglo XX, para llegar a la realidad coetánea de un

hispanismo tan fecundo como plural tanto en logros como en vías y métodos de conocimiento, en el que tiene un sitio no menor el hispanismo sociocrítico, aunque, en honor a la verdad, hayan venido resultando dominantes en el mismo las tradicionales vías de estudio filológico de base historicista y erudita, tan vinculadas por cierto al hispanismo desde su misma constitución, frente a las que ya ensayan métodos semióticos y narratológicos, ya sociocríticos o sociológicos.

Una vez hecho este comentario, debo aclarar también que si empleo el sintagma ‘hispanismo sociocrítico’ es porque, al menos en las más tempranas y genuinas de sus presentaciones, las vías de estudio sociocríticas fueron antes consecuencia que punto de partida. No olvidemos que, como reacción al exceso teorístico de su momento, los estudios sociocríticos surgen con una fuerte dosis de empirismo metodológico hasta el punto de haber guiado éste la reflexión teórica. Así, cabe pensar que es la necesidad del análisis, comprensión e interpretación de una determinada realidad o campo exploratorio literarios en nuestra lengua los que han propiciado la subsiguiente reflexión teórica. Es el caso, por poner un sólo ejemplo ahora, de los estudios crosianos, pues son altamente mostrativos a este respecto. Bastará recordar el origen de su orientación al campo de la teoría. Pues bien, Cros me decía en una carta lo siguiente: “¿Cómo y por qué me orienté hacia la teoría? En esta tesis [se refiere a su tesis doctoral que versó sobre el *Guzmán de Alfarache*] apliqué (sin quererlo y sin darme cuenta conscientemente) una aproximación estructuralista que me llevó a explicar la génesis del *Guzmán de Alfarache* como el producto del funcionamiento de una dialéctica de la Justicia y de la Misericordia, basándome sobre todo en el impacto de la retórica tradicional, que analicé precisamente como el espacio por antonomasia de la dialéctica de las dos nociones. Pero apenas terminada la conclusión descubrí dos cartas inéditas de Alemán donde él explicaba que había escrito su libro para apoyar las propuestas de Cristóbal Pérez de Herrera sobre la reforma de la beneficencia que consistían en encerrar la misericordia (la limosna) en los límites de la justicia (¿a quiénes se debe

negar y a quiénes se puede dar limosnas?) Publiqué las dos cartas en el Apéndice de mi tesis sin explotar suficientemente la relación entre este hallazgo y mis estudios sobre la retórica. Lo hice más tarde en el libro publicado por Anaya [*Mateo Alemán, introducción a su vida y obra* (1971)]. De manera totalmente empírica había sentado las bases de lo que llamé años más tarde la morfogénesis o sea el origen socioideológico de las formas culturales”. En efecto, de esta manera empírica Cros había dado un salto cualitativo hacia un dominio abstracto-formal capaz de, mediante su aplicación, provocar nuevos actos de conocimiento. Este proceso de evolución vivido por Cros y ahora recordado en la referida carta, además de en la introducción de su libro *El Buscón como sociodrama* (2006) donde ofrece una ajustada autopercepción de lo que es un proceso intelectual de esta naturaleza de claro interés metateórico, si bien se refiere a sus estudios sobre la novela de Quevedo, este proceso de evolución, digo, ha sido, para ser también empíricos, el punto concreto de arranque de un dispositivo conceptual muy fecundo a la hora de explicar cómo lo social entra en el texto. Por otra parte, como acabo de decir, dado que los estudios sociocríticos hacen de la aplicabilidad el eje de su reflexión, éstos son considerados y valorados sobre todo por su función instrumental. De ahí que los mismos valgan no sólo por los preciosos resultados en sí de sus artefactos teóricos, sino muy especialmente por lo que con ellos termina por hacerse. Es ésta una de sus fortalezas al igual que una de las fortalezas del hispanismo es el inmenso campo cultural, lingüístico, histórico, artístico y literario explorado. Se comprenderá ahora la razón que me lleva a usar ese adjetivo en tal expresión sintagmática y el alto valor que a la postre el mismo posee.

Después de lo que acabo de afirmar, sólo me cabe señalar en la dirección de la inevitable raíz francesa del hispanismo sociocrítico crosiano. Pues bien, a partir de mediados del siglo XIX aparecen las primeras historias de la literatura española y, andando el siglo, se fundan las primeras revistas extranjeras dedicadas a temas hispánicos —en concreto, las francesas *Revue Hispanique*, *Bulletin Hispanique*—, lo que supone una consolidación del hispanismo que se ve

así asociado al paulatino desarrollo de la filología y, en particular de la filología románica, a la que tanto contribuyeron investigadores alemanes y franceses. Como dice Alberto Blecua, fue Francia el país donde el hispanismo arraigó con más fuerza —y cita los nombres de Foulché-Delbosc, Cirot, Merimée, Morel-Fatio y Paris, entre otros—, gracias a estos nombres y gracias también a las tesis que nuevos hispanistas van presentando como culminación académica de su carrera. Ahí quedan algunos títulos: *Erasme et l'Espagne* (1937), de Marcel Bataillon; *La Poésie lyrique espagnole et portugaise à la fin de Moyen Âge* (1949-53), de Pierre Le Gentil; *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIII^e siècle* (1954) de Jean Sarrailh; o *Recherches sur le thème paysan dans la 'comedia' au temps de Lope de Vega* (1966), de Noël Salomon, entre otros numerosos estudios. A estos nombres, a todas luces una simple muestra, hay que añadirle el de Edmond Cros y su tesis de estado sobre el *Guzmán de Alfarache* (el título de la tesis, defendida en 1967, fue *Protée et le gueux, recherche sur les origines et la nature du récit picaresque dans Guzmán de Alfarache de Mateo Alemán*), además del de las instituciones universitarias que han contribuido largamente al desarrollo de esta forma de saber que es el hispanismo, tales como Burdeos, Toulouse y París, a las que se irán sumando las de Montpellier y, en la práctica, la totalidad de las universidades francesas con enseñanzas filológicas. Precisamente, en Montpellier profesó Jean-Louis Flecniakoska quien asesoró a Edmond Cros en su tesis de estado, cuyo tribunal aceptó a presidir Marcel Bataillon y de cuyo magisterio me ha dejado el profesor de Montpellier un humano testimonio epistolar que no me resisto a dar a conocer: “Conocí a Marcel Bataillon, cuando hacíamos, él y yo, investigaciones en el Archivo de Simancas: también coincidían algunos compañeros tan “bisoños” como yo. Nos pasábamos todo el día manejando legajos de papeles difíciles de leer sin saber donde encontrar cosas interesantes o dignas de ser utilizadas. (En la época yo buscaba documentos inéditos sobre la vida de Mateo Aleman: encontré una serie de ellos algunos años mas tarde, cuando ya había defendido mi tesis que se había orientado hacia otras perspectivas) Estábamos todos alojados en el unico hotel de Simancas.

Nos reuníamos para cenar y de sobremesa Bataillon nos contaba sus hallazgos y cómo los iba a utilizar. Yo estaba fascinado e impresionado. Era difícil imaginar que habíamos pasado todo el día en el mismo espacio, el desierto total para nosotros, donde para él se encontraban verdaderas joyas. Cuando terminé la redacción de mi tesis se la mandé manuscrita (pasada a máquina) y me ofreció, después de leerla, incluirla en la colección de “Littérature étrangère et comparée” que él dirigía en París en la editorial Armand Colin, lo cual para mí era una oferta fabulosa. El tenía una cátedra en el Collège de France (y administró el Collège varios años): se había alejado de la vida cotidiana de las Universidades pero aceptó presidir la defensa de mi tesis de doctorado de estado (su presencia en las defensas de tesis era muy rara)”.

En la práctica, los hispanistas franceses, con esa metodología que subraya Blecua, en la que se vincula lo literario a lo social –Cros la había subrayado con anterioridad al afirmar que aquello que singulariza al hispanismo francés de otros hispanismos como el norteamericano, el alemán o el inglés, es la predilección por los estudios históricos, incluyendo lo político, lo económico y lo social–, han abordado todo el dominio de la literatura en nuestra lengua, desde la literatura medieval a la contemporánea y coetánea, pasando por excelentes estudios sobre la literatura áurea y de la que se sigue a partir de la modernidad diociesca. Precisamente y en lo que se refiere a Edmond Cros y los comienzos de su investigación en el seno del hispanismo –quien suscitó su vocación de hispanista fue Georges Demerson, catedrático de Lyon y consejero cultural en Madrid–, conviene saber que sus pasos se habían orientado por la literatura de América Latina, si bien el profesor Rumeau, recién llegado a la Sorbona, con quien se había propuesto trabajar inicialmente, le ofreció ocuparse del *Guzmán de Alfarache*. Ahí tiene comienzo su importante línea de investigación sobre la novela picaresca, que se va a consagrar como una de las líneas de gran interés para la sociocrítica. No obstante, Edmond Cros nunca abandonaría su inicial propósito americano de investigación, lo que se explica con sus trabajos dedicados a la lite-

ratura de América Latina e incluso, pasado el tiempo, con la creación de un departamento específico en la Universidad de Montpellier, tal como vino a responderme en una entrevista que le hice hace unos años. A la pregunta de cómo se inició su interés por la cultura española y latinoamericana me respondía lo siguiente: “Después del bachillerato casi al final del primer año de la clase preparatoria al concurso de entrada en la Escuela Normal Superior, se me ocurrió estudiar un nuevo idioma extranjero. Empecé con el alemán pero no me gustó el profesor y fui a las clases de principiantes de español. El profesor que daba estas clases era también responsable del recién creado departamento de español en la Universidad de Lyon en donde apenas había una decena de estudiantes especialistas y él estaba reclutando que digamos. Además él era dinámico, excelente hispanista y supo despertar en mí una vocación algo tardía. Pensé que enseñar el español debía ser mucho más atractivo que dedicar toda su vida a la enseñanza del latín y del griego como tenía planeado. Así fue como vine a ser hispanista y, a partir del verano de 1951, fecha de mi primer viaje a España que fue una vuelta a todo el país, regresaba cada año, compartiendo el tiempo entre descubrir sus paisajes y su gente e investigar en el archivo de Simancas o, las más veces, en la Biblioteca Nacional de Madrid. Me especialicé en el Siglo de Oro y, más tarde, me doctoré con una tesis sobre el *Guzmán de Alfarache* de Mateo Alemán. Pero en la universidad de Montpellier el director del departamento me confió las clases que versaban sobre las sociedades y literaturas medievales e hispanoamericanas, lo cual me incitó a crear y organizar, a principios de los años setenta, un departamento específico de estudios hispanoamericanos y me llevó a viajar con relativa frecuencia a América latina, a México más especialmente”.

Para insistir en la preocupación de Cros por el estudio de la realidad cultural y literaria latinoamericana, quiero recordar una respuesta que hizo a una pregunta que Edith Negrín le formulara en una entrevista, fechada en 1993. A la pregunta de si pensaba que la sociocrítica era especialmente apta para dar cuenta de una literatura no metropolitana o de los fenómenos culturales del Tercer Mundo,

Cros respondía lo siguiente, llamando la atención sobre la dimensión social y política de las aplicaciones sociocríticas: “Cuando digo que la sociocrítica se ha ocupado de la literatura latinoamericana me refiero a la sociocrítica tal como yo la trato de promover, porque a otras corrientes no les concierne en absoluto la cultura de lengua española. Esta aproximación motiva a nuestros colegas de América Latina, quizás precisamente porque hace énfasis en la necesidad de tener en cuenta las múltiples vías por las cuales se invierte la ideología. Los impactos de la ideología son muy importantes en los países del Tercer Mundo. La realidad sociopolítica y socioeconómica en África o en América Latina, hace que los académicos en estos continentes no puedan soslayar las condiciones sociales”.

En cuanto a las principales aportaciones crosianas al acervo de la teoría y del hispanismo, he de subrayar en primer lugar las de perfil teórico, si bien, como vengo argumentando, tales aportaciones no se pueden separar, salvo en un plano metateórico, de las que tienen que ver con determinadas obras literarias como las que, para empezar, nutren el género de la picaresca y vienen a conformar el género de la novela. Tal como señala Francisco Linares en un artículo de 2007, “La sociocrítica de Edmond Cros y el género novela picaresca”, la primera lección metodológica que para la teoría sociocrítica tienen sus estudios sobre el *Guzmán de Alfarache* y el *Lazarillo de Tormes* procede de la vinculación de los paradigmas léxico-semánticos con las condiciones sociohistóricas que transcriben esas obras, lo que enriquece a su vez la visión del género picaresco. Se obtiene además de estos estudios la conciencia metodológica de cómo toma forma el texto al reconstruir Cros la sitemática del texto y, según argumenta Francisco Linares, “la reconstrucción de los impulsos individuales o colectivos correspondientes a unas circunstancias históricas determinadas, pues la alteración de los paradigmas léxico-semánticos son susceptibles de ser examinados con arreglo a las modificaciones de las estructuras sociales”. Aquí toma su pleno sentido, por ejemplo, la polémica sobre la caridad y la beneficencia a que aludía el teórico e hispanista francés en una cita anterior, polémica de in-

equivoca dimensión económica en un momento de profundos cambios sociales en lo que respecta al modo de producción, tal como nos deja ver el mismo tejido de la literatura picaresca subrayado por los estudios sociocríticos y, por poner un ejemplo muy concreto ahora, el *Don Quijote*, nuestra primera novela.

Además, como vengo señalando, sus estudios sobre el *Buscón*, que han conocido una nueva y definitiva edición en el año 2006 en su libro *El Buscón como sociodrama*, subrayan el interés que se deriva de este texto teniendo muy presente cómo operan en su núcleo programador las contradictorias imágenes de cabalgatas, procesiones, actos carnavalescos y desfile de ajusticiados inquisitoriales, representaciones que no ocultan a través de esa suerte de dramatización situaciones sociales de conflicto entre la nobleza y la incipiente burguesía nutrida de cristianos nuevos. Su modo de estudio, según Francisco Linares, “apunta al conflicto de la adecuación de la palabra con aquello que significa y a su vez al conflicto de la adecuación de los comportamientos con respecto al orden social que tales comportamientos aparentan obedecer”. De ahí que Edmond Cros haya calificado dicha novela de sociodrama. Nuestro estudioso daba una nueva lección de método desde el hispanismo, esto es, de camino a seguir, al interesarse por elucidar en dicha obra “aquello que el sistema semiótico transcribe de las estructuras sociohistóricas de la época correspondiente”. Estamos así ante el concepto de morfogénesis.

Pues bien, a este concepto seguiría luego el de genotexto —el fondo y la productividad significativa, que no es perceptible en sí mismo, salvo por el modo fenotextual de su manifestación—, resultado de una construcción teórica que se alimenta de los múltiples análisis de la particularidad textual. Y posteriormente, Cros elaborará un concepto que supone un avance con respecto al de genotexto. Se trata del ideosema. Con este instrumento se facilita el análisis de las representaciones que se manifiestan como conjuntos estructurados en el texto y que le dan su dinamismo. Es un punto clave del funcionamiento textual y del sistema de estructuración de las prácticas sociales y discursivas. Precisamente en la introducción de su libro *Ideosemas*

y *Morfogénesis del Texto. Literatura española e hispanoamericana* (1992), explica Cros más por extenso el proceso teórico y de análisis de textos literarios hispánicos que le ha llevado a este concepto. Así, al plantear que la producción de sentido es el resultado de fenómenos de estructuración y de encadenamientos de estructuras y, en consecuencia, al sostener que un texto de ficción está constituido por un complejo juego de representaciones que interactúan, reconoce que estos conjuntos están dotados de una coherencia y organización propias que implican un núcleo unificador que se refiere a una convergencia semiótica. Después planteará que la estructuración –las relaciones complejas entre signos– está dirigida por la tensión que se establece entre los dos términos de una oposición –por ejemplo, la oposición mediación salvadora / mediación engañosa en *El Libro de Buen Amor*–, cuyo impacto y dinamismo constituyen el punto nodal de la escritura. A partir de aquí, elabora la siguiente hipótesis: el ensamblado que se deja ver en el texto tiene su origen “en una o varias de las representaciones que están en el exterior del texto y que pueden no ser de naturaleza discursiva”. Para sustentar su argumento, pone como ejemplo el modo como las prácticas sociales, discursivas y no discursivas, canalizan el dinamismo de la producción de sentido en obras de la literatura española e hispanoamericana: las prácticas inquisitoriales en el *Buscón*, las religiosas de la cárcel y ejecuciones de la justicia en *El Guzmán de Alfarache*, la relación ‘yo / él’ en la confesión general seguida ante la Inquisición en el caso de el *Lazarillo de Tormes*, entre otros. Estos fenómenos de estructuración reciben el nombre de *articuladores semióticos* cuando se trata de prácticas sociales o discursivas fuera del texto y *articuladores discursivos* cuando se trata del texto, constituyendo el *ideosema* la relación entre el articulador semiótico y el discursivo, ideosema que pasa a designar a la vez el punto de origen de la estructuración y los elementos que, en el texto, reproducen este origen. En definitiva, según Edmond Cros, los objetos culturales se articulan con distintas formas de las prácticas sociales, lo que trata de demostrar al elaborar una tipología de los diferentes modos de articulación de unas prácticas sociales con textos

de ficción picarescos. Así, el *Lazarillo* constituye una práctica discursiva relacionada con la Inquisición, además de transcripción de una práctica epistolar; *El Guzmán de Alfarache* se relaciona con una práctica social que procede de la perversión de la práctica del sermón y de la subversión de esta práctica; *El Buscón* tiene que ver con la contradicción histórica entre una burguesía asimilada a un grupo de conversos sin poder político y una nobleza cada vez más privada de poder económico, lo que se codifica en el texto por medio de la práctica social del Carnaval y de la Inquisición. A partir de aquí estudia la morfogénesis y funcionamiento ideosémico de obras literarias, lingüísticas y cinematográficas, españolas y americanas, como *El Libro de Buen Amor*, el prólogo de la *Gramática Castellana* de Nebrija, el *Lazarillo de Tormes*, *Don Quijote*, *El Periquillo Sarniento*, *Cumandá* y *Los olvidados*.

Poca duda cabe de que estas reflexiones y aplicaciones teóricas han acabado por facilitar la superación de los límites de una sociocrítica del texto literario para poder encarar una explicación de la “socialidad” de todo producto cultural, esto es, se abre así la posibilidad de una sociocrítica de la cultura. La argumentación de esta apertura teórica la ofrece Edmond Cros al final de la introducción mencionada, al ver en el análisis del funcionamiento ideosémico la caracterización de la producción cultural, sin adjetivos. Pues bien, tal como dejé escrito en 2007 en mi artículo “Sociocrítica y cultura”, Cros ve en el análisis del funcionamiento ideosémico la caracterización de la producción cultural. Se dan así, como digo, las condiciones de la apertura teórica al estudio de la cultura, pues los ideosemas conforman unos conjuntos estructurados o *campos morfogenéticos* que se realizarían en los objetos culturales a través de las unidades mórficas. Con este concepto, el hispanista francés pretende precisar la organización compleja de un campo nocional responsable de la semiosis, siendo este campo el que le da al texto sus coordenadas sociohistóricas. Aquí encuentra su fundamento una nueva fase de su teoría sociocrítica, la del estudio de la cultura como el espacio donde lo ideológico se manifiesta con mayor eficacia, siendo la cultura el mecanismo social cuya función

objetiva consiste en enraizar la colectividad en la conciencia de su propia identidad, lo que remite a la cuestión del funcionamiento del sujeto cultural y paralelamente a la del texto cultural. Lo que en realidad Cros ha efectuado en los últimos años no es una simple apertura de dominios de estudio, sino una teoría global de la cultura y la modalidad de su funcionamiento a que ha sido conducido desde sus preocupaciones por el estudio del espacio entre lo dado y lo creado y por los instrumentos conceptuales que ha elaborado –genotexto, ideosema, campo morfogenético, entre otros– para operar sobre los mecanismos de la estructuración como un modelo de cuestionar los procesos de producción de sentido.

Este desarrollo último de la teoría crosiana ha contado con diversas aplicaciones al dominio cultural hispánico. Así, por ejemplo, ha estudiado en el caso de la cultura propiamente española el texto cultural y el cine en el caso de *Viridiana*, de Luis Buñuel, así como su película *Los olvidados*; *Mujeres al borde de un ataque de nervios*, de Pedro Almodóvar; el cuadro “Descanso de la huida a Egipto”, del lego cartujo granadino Fray Juan Sánchez Cotán; el sujeto colonial o la no representabilidad del otro en una carta de Cristóbal Colón; las representaciones históricas del sujeto cultural como en el caso de su estudio sobre la emergencia de la figura del cristiano viejo; el sujeto cultural en el cuento del Abencerraje; la puesta en escena del sujeto cultural en un retrato de Mateo Alemán reproducido en la edición de sus obras. En cuanto a la cultura hispanoamericana se refiere, Cros se ha ocupado, entre otros aspectos, del estudio de *El Cartero de Neruda*, tanto de la novela de Skármeta como de la película de Michael Radford; de la película argentina *Historia oficial*, y de *El llano en llamas*, de Juan Rulfo.

Al conjunto de las anteriormente referidas aportaciones de Cros al hispanismo, hay que sumarles otras muchas que han venido viendo la luz desde la segunda mitad de los años sesenta. Así, entre otros trabajos y por referirme sólo a los libros, *L'Aristocrate et le carnaval des gueux, étude sur le Buscón de Quevedo* (1975), que conoció una versión española en *Ideología y genética textual. El caso del Buscón* (1980) y está en el origen del ya mencionado libro *El Buscón como*

sociodrama, de 2006; *Theorie et pratique sociocritiques* (1983), cuya versión española lleva por título *Literatura, ideología y sociedad* (1986) y en la que a una primera parte de proposiciones teóricas añade una segunda aplicada sobre textos picarescos españoles –*Guzmán de Alfarache*, *El Buscón* y *Lazarillo de Tormes*– y textos de la literatura mexicana contemporánea –obras de Carlos Fuentes y Octavio Paz–; *De l'engendrement des formes* (1990), precedente inmediato de su ya comentado libro *Ideosemas y Morfogénesis del Texto. Literatura española e hispanoamericana* (1992). Por último, no puedo dejar de mencionar –además de recordar una vez más las versiones en nuestra lengua de *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis* (1997 y 2002, edición corregida y aumentada)– su libro *La sociocritique*, aparecido en 2003, cuyo capítulo octavo se ocupa del surgimiento de la moderna novela europea en España entre 1599 y 1605, libro cuya versión española tiene el lector en sus manos y que me complace y honra prologar por constituir un útil teórico que hunde sus raíces en el hispanismo y se ofrece a ser fecundamente aplicado sobre el mundo de la particularidad. Aquí reside la lección metodológica de un maestro del hispanismo.

ANTONIO CHICHARRO